

Alberto  
Vázquez-Figueroa

CODICIA



Especulación, paraísos fiscales, venganzas, dinero negro, lujo y asesinatos...

### **Bienvenidos al lucrativo mundo de la corrupción a gran escala...**

Humberto Alejandro Espinosa de Mendoza Spencer-Wallis es un acaudalado aristócrata madrileño, soltero por convicción y bon-vivant de profesión, que un día recibe una extraña visita que dará un vuelco a su vida. Muy a su pesar ha sido elegido (chantajeado) por una importante agencia gubernamental para localizar y dismantelar a poderosos grupos financieros que se dedican al lavado de dinero. Utilizando sus excelentes relaciones sociales y con la ayuda de una multimillonaria ecuatoriana, Humberto se infiltrará en un oscuro mundo de corrupción, violencia, fortunas increíbles y dinero sucio tras el que se esconden las causas de una crisis tan global como demoledora...

«El escritor Alberto Vázquez-Figueroa es un auténtico fenómeno literario.». *El País*.

## 1

—El dinero no existe.

—¿Cómo ha dicho?

—He dicho que el dinero no existe.

—¡Pues vaya! —fue el irónico comentario—. Me quita un gran peso de encima porque empezaba a pensar que simplemente había emigrado.

—Me alegra que lo vea de un modo tan optimista, pero lo cierto es que aunque no exista, no por ello desaparecerán los problemas que causa; más bien por el contrario tenderá a aumentarlos.

—¿Le importaría explicarse?

—En absoluto. Lo que llamamos «dinero» no es más que el resultado de un pacto por el que un alto porcentaje de seres humanos admiten que unos determinados símbolos (monedas, billetes o pagarés) significan riqueza, cuando en realidad ni se comen, ni se beben, ni quitan el frío. Una almendra contiene más calorías que diez doblones de oro, y la pata de su sillón arderá por más tiempo y le proporcionará más calor que mil billetes de quinientos euros.

—Cierto, pero supongo que tan sólo cambiaría de idea respecto al dinero si me encerraran en una cueva helada; en ese caso, preferiría la almendra y la pata del sillón.

—Lo cual significaría que habría roto un pacto que se remonta a miles de años.

—Podría considerarse así.

—¿Y qué ocurriría si la mayor parte de la población decidiera romper un acuerdo que les fue impuesto por sus antepasados y no por la naturaleza? A la naturaleza no hay que pagarle para que nos caliente, llueva o crezcan semillas...

—El dinero dejaría de tener razón de ser, pero continuaría existiendo.

—Como una curiosa colección de objetos, no como concepto, dado que los billetes y monedas que circulan en la actualidad no están respaldados, como antaño, por ningún activo tangible. Decir «dinero fiduciario» es tanto como decir chatarra y papeluchos, que además apenas representan una mínima parte del «dinero bancario», que resulta incluso mucho más irreal puesto que tan sólo se trata de anotaciones en libros de cuentas.

Humberto Alejandro Espinosa de Mendoza Spencer-Wallis observó con gesto de aburrimiento y desagrado a quien se había presentado como inspector especial de una supuesta Agencia Infraude, y tras llegar a la conclusión de que aquélla era una conversación estúpida se limitó a comentar:

—Perdone, pero no tengo la menor idea de para qué ha venido o adónde quiere ir a parar, y además sospecho que no me interesa en absoluto.

—Entiendo que no le interese porque en realidad es algo que no le interesa a los socialistas, a los capitalistas, a los fascistas y ni siquiera a los comunistas —respondió en tono tranquilo el visitante que también se había presentado como «Señor López», tal vez en compensación por la desmesurada longitud de los nombres y apellidos del dueño de la casa—. Si es que aún quedan auténticos comunistas.

—¿Y eso?

—La razón estriba en que a lo largo de la historia todos los sistemas políticos se han tropezado con un obstáculo insalvable que condena al fracaso cualquier esfuerzo: el dinero negro.

—¿El dinero negro? —repitió con evidente desinterés y de mala gana su interlocutor.

—Exactamente —señaló quien se hacía llamar López—. Se ha intentado construir un modelo de sociedad basado en una hipotética igualdad en la que cada cual debe aportar a la comunidad en proporción a lo que posee, sin detenerse a reflexionar sobre el hecho de que nadie está dispuesto a compartir lo que cree suyo, por lo que se ha apresurado a buscar eficaces mecanismos de defensa, y el resultado lógico ha sido el dinero negro.

—Siempre ha existido, al menos hasta donde yo recuerdo.

—Pero no en la desorbitada proporción de ahora —fue la inmediata respuesta—. La excesiva presión fiscal, la corrupción política y el tráfico de drogas han llevado a la sociedad de la mayoría de los países considerados ricos a un callejón sin salida, ya que toda posible salida se encuentra taponada por una ingente montaña de dinero ilegal.

Humberto Alejandro Espinosa de Mendoza Spencer-Wallis necesitó algo de tiempo para digerir el verdadero significado de la exposición que acababan de hacerle, antes de decidirse a inquirir en el mismo tono de hastío, porque ciertamente no entendía las razones por las que le estaban condenando a escuchar una larga retahíla de lo que empezaba a considerar insensateces:

—¿De verdad cree que ese dinero constituye un problema tan serio como para afectar de forma importante el desarrollo económico de los países?

—Naturalmente, puesto que estamos hablando de cantidades monstruosas que no se reinyectan en el tejido económico proporcionándole vitalidad, sino que se convierten en un cáncer, en «dinero muerto» que permanece oculto y que a la larga no se invierte en empresas productivas creadoras de empleo y riqueza, sino tan sólo se utiliza en trapicheos especulativos destinados a facilitar la economía sumergida.

—Una teoría interesante, pero le advierto que siempre he sido un hombre pragmático y que jamás he sentido el menor interés por ningún tipo de teoría, porque con el tiempo he llegado a una amarga conclusión: todo el que tiene un culo tiene una teoría que por lo general le sirve para lo mismo: poner una gran cagada —le hizo notar el otro con absoluto descaro y sin la menor consideración—. Y le aseguro que nunca he tenido ni un euro en dinero negro, por lo que todo este asunto me aburre y me trae sin cuidado.

—Pero se trata de una realidad aterradora —insistió con fastidiosa machaconería el recién llegado—. Observe a los capitalistas de nuestro tiempo; no son, como antaño, fabricantes de tejidos, arriesgados navieros o terratenientes que necesitaban mano de obra; ahora las fabulosas fortunas las amasan banqueros y especuladores que juegan comprando y vendiendo acciones, cuyo verdadero valor alteran de un minuto al siguiente. Buscan la ganancia fácil y el resultado está a la vista: países en bancarrota y millones de parados.

—¿Tan relacionados están esos banqueros y especuladores con el dinero negro?

—Son sus principales impulsores —puntualizó el tal López, un hombrecillo absolutamente calvo y de profundos ojos grises que parecían estar grabando cada detalle de cuanto tenía a su alrededor como si pretendiera archivarlo en una especie de ordenador personal—. Por un lado, intentan ocultar sus beneficios con el fin de no pagar impuestos, y, por otro, corrompen a administradores y políticos que a su vez no pueden hacer ostentación de un dinero ilegalmente adquirido. Desde que entramos en el euro, casi un cuatro por ciento del dinero fiduciario se oculta año tras año, por lo que a este paso llegará un momento en que se guardarán más billetes de los que circulen abiertamente, y como no tomemos severas medidas al respecto alcanzaremos un punto en el que la única actividad económica visi-

ble se centrará en un desaforado «lavado» de dinero que beneficia a muy pocos.

—Admito que suena aterrador pero le repito que nada tiene que ver conmigo —fue la insistente respuesta de alguien que empezaba a estar más que harto de tan indeseada lección de supuesta economía.

—No es que suene aterrador, es que «es» aterrador —recalcó inasequible al desaliento quien había asegurado pertenecer a una desconocida agencia recaudatoria—. Y no sólo para nosotros; el problema afecta por igual a la mayoría de los países, y se sabe de casos de barcos que permanecen fondeados en puertos de paraísos fiscales con las bodegas repletas de billetes listos para ser blanqueados. En las islas Caimán se están llegando a pagar tres dólares sucios por uno limpio, y un mundo que se ve obligado a funcionar conforme a tales parámetros está condenado al fracaso.

—Jamás me había detenido a pensarlo —reconoció Humberto Alejandro Espinosa de Mendoza Spencer-Wallis que pareció entrever un universo desconocido para él, por lo que a su pesar empezaba a sentir cierta curiosidad—. Es más, siempre imaginé que la actual crisis económica se debía a una pésima administración o a una coyuntura desfavorable y pasajera.

—Coyuntura desfavorable, y por fortuna pasajera, lo fue en su día la crisis petrolera de los años setenta. En ese momento, con la desorbitada subida de los precios del crudo y su repercusión sobre los costes de producción, los países industrializados se enfrentaron a un problema real, al que supieron hacer frente y superar... —Resultaba evidente que, a medida que hablaba, López se iba entusiasmando más y más con el tema—. Coyuntura desfavorable fue la guerra del Golfo, la unificación de Alemania o, pongamos por caso, la hipotética destrucción del canal de Panamá, que traería aparejado un caos comercial de proporciones incalculables. —Negó con un brusco ademán de la cabeza

—. Pero lo que está ocurriendo no se debe a una de tales coyunturas, sino al hecho de que el sistema ha sido diseñado malintencionadamente con el fin de favorecer a unas minorías en detrimento de la mayoría.

—¡Vaya por Dios! ¡Y yo sin enterarme! Cuando me anunció su visita, esperaba una inspección rutinaria por parte de un atareado funcionario interesado en llevar a cabo su cometido con rapidez y eficacia, pero me encuentro con alguien que afirma que el dinero negro que amasan unos pocos está arruinando a la humanidad. Y le puedo asegurar...

—¡Un momento! —le interrumpió su visitante alzando el dedo como si se tratara de una severa advertencia—. No estoy tan loco como para afirmar que el dinero negro sea el único culpable de los problemas de nuestro tiempo; el auténtico culpable es un modelo económico que permite que se genere un dinero que actúa a su vez contra el sistema, y que acabará devorándolo. El enfermo de lepra no muere porque le salgan unas llagas que le van carcomiendo los tejidos; es la enfermedad la que produce las llagas que acabarán destruyéndole.

—Una comparación justa, oportuna y muy literaria... — fue la seca alegación de un hombre que no estaba acostumbrado a que le hicieran perder tiempo pese a que tiempo era lo que siempre le había sobrado—. Pero, con todos los respetos, la economía no es mi fuerte y dentro de una hora me esperan justo allí, a la salida del hoyo uno, o sea que si no tiene nada concreto que decirme le agradecería que dejemos las cosas como están porque me está poniendo la cabeza como un bombo.

—¿«Algo concreto...»? —repitió casi mordiendo las palabras el intruso al tiempo que extraía de su maletín de mano una serie de documentos que extendió en forma de abanico sobre la mesa—. ¡Oh sí, claro! «Algo concreto». ¿Le parecen bastante concreto un millón novecientos treinta y seis mil euros de reclamación sobre los errores que ha



cometido usted en sus declaraciones de impuestos durante los cuatro últimos años?

Humberto Alejandro Espinosa de Mendoza Spencer-Wallis, cuyo abuelo materno había ganado fama de flemático por haber sido el único general que permaneció impasible durante la desastrosa retirada de las tropas británicas de Dunkerque —razón por la que siempre había supuesto que por sus venas corría una cuarta parte de admirable sangre fría—, advirtió que la práctica totalidad de esa sangre se le congelaba y palideció a ojos vista dado que aquél era el mayor susto que le habían proporcionado en su vida, superando con creces el que recibiera veinte años atrás, cuando su prometida de entonces le anunció que creía estar embarazada.

Permaneció muy quieto, con la mirada fija en un campo de golf en el que muy pronto debería reunirse con sus amigos y en la escasa capa de nieve de la sierra que se distinguía en el horizonte, se llevó la mano a la frente masajéandola como si de ese modo consiguiera que las ideas volvieran a su mente, y por último negó casi con un hilo de voz:

—¡No es posible! ¡Tiene que tratarse de un error!

La respuesta fue un indiferente encogimiento de hombros.

—Es lo que dice aquí.

—Pues le repito que tiene que tratarse de un error. —Abrió las manos como si con ello pretendiera explicarlo todo—. No puedo deber tanto dinero porque nunca he trabajado, y por lo tanto nunca he recibido beneficios. —Alargó el brazo con intención de levantar el teléfono y añadió —: Será mejor que llame a mi asesor fiscal con el fin de que aclare este absurdo malentendido.

—No se moleste; su asesor no puede hacer nada porque si nosotros aseguramos que debe esa cantidad, es que la debe, pese a que estemos de acuerdo en que su rendimiento por trabajo personal es nulo. Por esa razón me en-

cuentro aquí; porque, como se suele decir, «jamás ha dado usted palo al agua».

—¿Ha venido a ofenderme?

—¡En absoluto! —se escandalizó el otro—. Nada más lejos de mi intención, porque personalmente le admiro, pero le agradecería que me respondiera a una sencilla pregunta: ¿recuerda un solo día que haya trabajado en algo?

Aquella demanda exigía un gran esfuerzo de concentración visto que, a lo largo de sus cuarenta y siete años de placentera existencia, Humberto Alejandro Espinosa de Mendoza Spencer-Wallis nunca había tenido muy claro el concepto de trabajo desde el punto de vista de tener que ganarse el pan con el sudor de la frente, sobre todo teniendo en cuenta que le habían aconsejado que prescindiera del pan.

—Mis padres y mis abuelos me dejaron medios económicos para subsistir sin problemas, y siempre se me antojó poco solidario dedicarme a ganar dinero cuando hay tanto infeliz que necesita un buen empleo —argumentó con una curiosa mezcla de desparpajo e inocencia—. Y supongo que por ello no contribuyo a aumentar la tasa de paro, porque «parado» debe ser el que quiere un trabajo pero no lo consigue, no el que consigue un trabajo pero no lo quiere. ¿Pretenden castigarme porque no le disputo un puesto remunerado que no necesito a alguien que sí lo necesita? Supongo que lo que le interesa al gobierno es reducir la tasa de paro, no aumentarla.

Semejante respuesta habría dejado perplejo a alguien que no conociera de antemano las peculiaridades del personaje a quien se enfrentaba, pero su visitante había dedicado mucho tiempo a estudiar la vida y obras —a su entender «mucha vida y pocas obras»— de su oponente, por lo que se limitó a recuperar el hilo de un discurso que evidentemente no venía a cuento.

—Cada día se destapan escándalos sobre ingentes sumas que pasan de una mano a otra sin control pero no se

hace nada al respecto —dijo al tiempo que se encogía de hombros con gesto fatalista—. Uno de cada mil culpables acaba en la cárcel, pero se echa tierra sobre el resto, en especial si ese resto ocupa altos cargos. Como todos sabemos, algunos políticos aparecen implicados en ese tráfico de capitales e influencias, y por lo tanto a ninguno le interesa admitir que nos deslizamos hacia el abismo. Los corruptos mantienen el firme convencimiento de que lo único que jamás se corrompe es el dinero, y actúan en consecuencia ya que se supone que el dinero es un arma que destruye pero que no puede destruirse a sí misma.

—¿Y por qué tienen que elegir a alguien como yo, que jamás ha participado en ese tipo de chanchullos, a la hora de hacerle una inspección para que pague el pato? —fue la inmediata y lógica protesta del dueño de la casa—. Resulta escandaloso.

—Creo que no me ha entendido ya que no pretendemos que sea usted quien pague el pato.

—Y en ese caso ¿quién demonios puede entender qué pretende? —se sulfuró el otro poniéndose en pie con el fin de dirigirse al bar y servirse una copa que se bebió de un solo trago—. Se presenta aquí con unos documentos que empiezo a sospechar que son amañados, y me suelta un absurdo discurso sobre la inexistencia del dinero y luego añade que sí existe pero es negro. Creo que lo mejor será que llame a la policía.

—Si lo hiciera, dentro de media hora todas sus cuentas corrientes se habrían bloqueado y no volvería a disponer de un céntimo hasta que hubiera devuelto el último euro de esa deuda.

—¿Me está amenazando?

—Llámelo como quiera, pero lo único que pretendo es que me escuche con calma, y sobre todo con un poco de seriedad y sensatez, de forma que podamos resolver este asunto de forma satisfactoria para ambas partes... —El tono de voz del supuesto López cambió como de la noche

al día al puntualizar—: Me han enviado con el fin de que consigamos favorecernos mutuamente.

—Sería la primera vez que su empresa favorece a alguien, pero teniendo en cuenta que esta conversación apesta a chantaje no me queda otro remedio que aguantar. ¿De qué se trata?

—A ello vamos, pero antes de seguir me gustaría que me respondiera a otra pregunta aunque ésta es a título personal: ¿cómo se explica usted que se le considere una de las personas más cultas e incluso, según aseguran algunos, más inteligentes del país y no tenga ningún título?

—Uno de mis tatarabuelos fue virrey del Perú, por lo que legalmente me correspondería el de marqués del lago Titicaca, pero presentarse como Humberto Alejandro Espinosa de Mendoza Spencer-Wallis, marqués del lago Titicaca sonaba a coña.

—¿Me está tomando el pelo?

—¿Qué pelo?

—Empiezo a sospechar que todo lo que cuentan sobre usted es cierto, porque sabe muy bien que no me refería a esa clase de títulos, sino a uno universitario; algo así como abogado, médico, ingeniero o arquitecto...

—¡Menuda estupidez! —fue la espontánea respuesta—. ¿De qué me habría servido levantarme temprano durante seis años, estudiar asignaturas que no me interesaban en lo más mínimo o aguantarle la tabarra a unos catedráticos que siempre aseguran que su asignatura es esencial...? —Miró fijamente a quien se agitaba incómodo en su butaca y le espetó como si le estuviera hablando a un mentecato—: Lo máximo que conseguiría sería un diploma con el que aspirar a un trabajo, lo que sería tanto como si un cazador se pasara cinco años de penalidades persiguiendo a un león, sabiendo que no piensa matarle y que lo máximo que conseguirá será una fotografía que colgará en la pared.

—¿Y a sus padres o a sus abuelos no les habría enorgullecido que tuviera una carrera?

Quien le escuchaba inclinó la cabeza a un lado con el fin de observar desde otro ángulo a quien le hacía un tipo de preguntas que se le antojaban tan fuera de lugar que rayaban en el ridículo.

—Tal vez debieron entender que si me veía obligado a poner en mis tarjetas de visita: «Humberto Alejandro Espinosa de Mendoza Spencer-Wallis, marqués del lago Titicaca, ingeniero de Caminos, Canales y Puerto, presidente de Ladrillos y Viguetas, Sociedad Anónima», más que una tarjeta parecería una declaración de independencia —dijo, pero de improviso cambió el tono de voz para añadir con una leve sonrisa—: Y ahora en serio; tanto mis padres como mis abuelos comprendían que con demasiada frecuencia cultura y diplomas académicos suelen ser términos diferentes e incluso en ocasiones antagónicos, por lo que siempre se empeñaron en que me decantara por acumular cultura en detrimento de los diplomas.

—En eso puede que tenga razón —admitió de mala gana su oponente—. Tengo un diploma de licenciado en ciencias económicas que tan sólo me sirve para tapar un desconchado en la pared, y conozco a académicos que únicamente saben hablar de lo suyo mientras que usted está considerado una especie de enciclopedia andante.

No lo había dicho con el ánimo de congraciarse con aquel a quien poco antes había molestado, sino porque en verdad así lo sentía. Tras estudiar a fondo sus costumbres y sonsacar de forma muy discreta a quienes lo conocían muy bien, el hombre del «Infraude» había tenido que rendirse a una incuestionable evidencia: marqués o no, universitario o no, Humberto Alejandro Espinosa de Mendoza Spencer-Wallis se había convertido en una de las personas mejor preparadas del país, lo cual unido al hecho de que hablara cinco idiomas y poseyera un agudo sentido del humor, lo convertían en un contertulio idóneo y el primero en ser invitado a todas las fiestas y recepciones que se preciaran de serlo.

Solterón empedernido, vago confeso, iconoclasta por naturaleza y anárquico por convencimiento, sabía ingeniárselas para no discutir nunca de política, religión o economía, por lo que su teléfono sonaba a todas horas demandando consejo o compañía, ya que además se le consideraba un auténtico gourmet especializado en vinos, así como un magnífico jugador de golf, *bridge*, mus, póquer o dominó.

—Una enciclopedia andante sirve de poco si esos conocimientos no se aplican a algo práctico, y le aseguro que yo jamás lo he hecho... —sentenció mientras se servía una nueva copa, inquiriendo al otro con un gesto si llenaba la suya, y ante la negativa insistió—: Lo que me gusta es saber por saber, y poniéndome transcendental diría que todo lo que he estudiado ha sido para alimentar mi espíritu, al igual que procuro alimentar mi cuerpo con jamón, paté, cigalas o caviar. Nada se me antoja comparable a escuchar a Mozart, leyendo un libro con la cabeza apoyada en los muslos de una mujer, y le puedo asegurar que para eso no se necesitan millones; tan sólo que te gusten la música, los libros y las mujeres.

—Pero siempre será mejor hacerlo tumbado sobre la cubierta de un yate que en el suelo de una cocina...

Humberto Alejandro Espinosa de Mendoza Spencer-Wallis aceptó el comentario con una sonrisa, consultó el antiguo reloj de pared cuyo péndulo ya veía balancearse cuando acudía a aquel mismo despacho a sentarse sobre las rodillas de su abuelo, y tras acomodarse cansinamente en el imponente sillón que habían ocupado cuatro generaciones de Espinosa de Mendoza, resopló como si comprendiera que le arreaban directamente al matadero.

—¡Bien! —dijo—. Dejémonos de tantos circunloquios y volvamos a lo que importa pero no me dé de nuevo la murga con los diferentes tipos de dinero porque tengo la impresión de que lo que pretende es dejarme sin ninguno. ¿Qué quiere de mí?

—Que nos ayude a luchar contra el fraude.

—Si vuelve a repetir esa insensatez no por ello dejará de ser una enorme insensatez, pero a lo mejor consigo hacerme una idea sobre qué significa.

—A menudo consigue sacarme de quicio —protestó el calvo que se esforzaba por guardar la compostura—. ¿Conocía a Leopoldo Pastor?

—¡Oh, sí! —fue la inmediata respuesta—. ¡Un tipo curioso por no decir disparatado! Ganó una fortuna durante los buenos tiempos del boom inmobiliario pero un buen día lo dejó todo para dedicarse a escribir libros sobre castillos medievales... Recuerdo que lanzaba unos trallazos que ponía la bola en el green antes que nadie.

—Trabajaba con nosotros.

Por segunda vez la sangre fría pareció helarse.

—¡No es posible!

—Lo es —insistió quien empezaba a ser una pesadilla—. Aceptó convertirse en nuestros ojos y oídos en los campos de golf, las monterías o los yates, allí donde ni la más sofisticada tecnología alcanza por mucho que en las películas pretendan hacérselo creer. A través de nuestras redes informáticas podemos seguir el rastro del dinero bancario, pero tan sólo un perro muy bien adiestrado es capaz de detectar que una bolsa de palos de golf que va a cambiar de manos en el aparcamiento de cualquiera de los incontables clubes que existen en España se encuentra repleta de billetes.

—¿Hay perros que pueden hacer eso? —inquirió incrédulo quien apuraba hasta la última gota de su copa como si considerara que el vino aumentaría su capacidad de comprensión.

—Los hay, pero por desgracia son muy pocos y suelen utilizarse en las fronteras, en puertos y aeropuertos; aunque en ocasiones los llevamos a edificios y almacenes en los que sospechamos que esconden mucho dinero. El más famoso es un pastor alemán de la Guardia Civil, Aris, que de-